

Un enorme silencio sentado en el sillón

Seudónimo: El Caballero del bosque

La gota que colgaba del caño se estremecía a causa de la brisa que se filtraba por el tragaluz, pero no caía. Eran las seis y cuarto de la tarde y yo me había quedado mirándola como si fuese una campanita o un arete de cristal en la oreja de una mujer. Permanecía quieta como si quisiera acompañarme en ese tiempo congelado en que el silencio se había apoderado del sillón. Yo la miraba hipnotizado, tal vez por una extraña sensación de miedo contra el cual había luchado toda mi vida o por la culpa que empezaba a crecer en mi interior como una enredadera que trepa apresuradamente por un muro. Me sentía incapaz de reconectarme con la realidad y tomar plena conciencia de la imagen que reflejaba el espejo del lavamanos donde se alineaban los hisopos, peinetas, tijeras y frascos de colonia. Mi cabeza se había ido inclinando como una flor que se marchita al caer la tarde y ahora la miraba de costado, como si quisiera verla de otro modo, deseando, tal vez, que cayera de una vez para ponerme de pie y asumir el desastre, aunque cada tanto, elevaba los ojos hacia el espejo para ver reflejado ese enorme silencio sentado en el sillón.

Me ocurría desde adolescente. Sin aviso previo, quedaba clavado ante la nada. El profesor hablaba y hablaba, y de pronto yo permanecía con la vista fija en un espacio impreciso situado entre la espalda de un compañero y el hombro del que estaba delante de él. Y aunque escuchaba el arrastrar de una silla, la tiza deslizándose sobre el pizarrón no conseguía recuperar el vínculo con la realidad. Tal como ahora que seguía hipnotizado ante esa contundente forma de silencio.

En la panza de la gota se reflejaba la cruz de la claraboya sobre un fondo gris porque afuera estaba nublado y ya había comenzado a llover. A través de ella podía ver las figuras invertidas del hisopo, la jabonera y algunos de los enseres que mi padre me había regalado hacía diecisiete años.

-Toma, hijo, te traje este juego y la navaja para que aprendas el oficio de dar una afeitada como Dios manda.

Él tenía una peluquería en el barrio Estación y a la muerte de mi madre, yo pasaba las tardes en el amplio salón que daba a la calle. Mi viejo lo había acomodado para atender al público, aunque también para jugar una modesta timba con sus compañeros al término de la jornada.

Había instalado dos sillones giratorios con pedales de bronce, parecidos a los de los dentistas y, además, dispuso un par de grandes espejos biselados sobre el aparador con cubierta de mármol. Don Roberto, su ayudante, era un excelente peluquero, pero se encargaba sólo de los cortes con maquinilla, mientras que mi viejo realizaba el trabajo de rasurar barbas y bigotes a filo de navaja. Yo no tenía amigos, no salía a jugar, leía mucho, hacía mis deberes escolares en la mesa de centro mientras escuchaba las historias que contaban los viejos obreros ferroviarios.

A eso de las seis de la tarde, mi padre cerraba las ventanas que daban a la calle y sólo dejaba abiertos los dos tragaluces superiores para que escapara el humo de los cigarrillos. Don Roberto barría las matas de pelos, limpiaba la escupidera de bronce, mientras mi viejo sacaba el mazo de naipes, acercaba una silla, dejaba un cenicero sobre la mesita de centro y preguntaba:

-Ya compañeros, ¿con qué nos vamos?, ¿truco o brisca?

Jugaban hasta las nueve mientras afuera caía lentamente la noche con un sabor provinciano. Desde la Estación Central, nos llegaba el largo pitido de una locomotora a vapor como si fuese la sirena de un barco extraviado en la niebla. Y así transcurrían los días mientras los cabellos de los parroquianos crecían a la espera del próximo corte.

Fue en abril cuando apareció el Chato Narváez. Años más tarde, me enteré que le decían así porque había boxeado y en una de tantas peleas recibió un golpe que le quebró la nariz. Le quedó torcida y más pequeña, como una bolita de carne inclinada hacia un lado, dándole al rostro una expresión de disgusto, como si oliera un mal olor. También le quedaron cicatrices de líneas blancas en los pómulos.

Entró sin saludar y se paró en mitad de la sala, barriendo el entorno con sus ojos achinados. Era bajo, pero corpulento; usaba un bigote finito de cantante de boleros. Mantuvo las manos en los bolsillos del pantalón como hacen los borrachos mientras el cuerpo gira en torno a un eje imaginario.

-¿Y?, ¿quién atiende aquí?

Don Roberto, le hizo la consabida pregunta.

-Buenas tardes, caballero, ¿cómo quiere el corte: regular corto o largo?

El Chato, sin mirarlo, le ladró una negativa entre dientes.

Recuerdo que mi padre estaba sentado en el otro sillón, hojeando el diario. Miró al extraño por sobre sus anteojos, dobló el periódico en cuatro y lo dejó sobre la mesa junto a las revistas.

- ¿En qué lo podemos servir?

- ¿Tú erís Lorenzo?

-... bueno, sí...

-Aféitame.

-Claro, por favor, tome asiento.

El aire de la peluquería se puso tan tenso que podía rasgarse con un suspiro, al punto que los viejos y yo no nos atrevíamos a toser ni a hojear las revistas.

El tipo se instaló de un salto en el sillón. Yo trataba de resolver un problema de matemática, pero me quedé mordiendo el lápiz sin saber qué hacer, en tanto que don Roberto y el viejo Emilio, hicieron como que miraban las revistas deportivas, pero seguían atentos a las palabras del extraño.

-No lo habíamos visto por estos lados.

- ¡Ah!, ¿no?, y tú ¿conocís a mucha gente?

-Aquí en el barrio, todos somos conocidos- le dijo mi padre mientras le ponía el babero bajo la mandíbula, tratando de que el Chato contara de dónde era y cómo sabía su nombre.

-A veces el mundo es muy chico y se sabe todo...

-O muy grande- dijo mi padre, por decir algo, mientras removía el hisopo en la jabonera.

-...y muy peligroso...

- ¿Ah sí? – dijo, por decir algo, mientras asentaba la navaja en la badana de cuero. Era un diálogo forzado, incómodo, como si uno de ellos permaneciera al borde de un río y el otro estuviera en el lado opuesto y hablaran a los gritos.

-...es que la vida es muy dura...

-Sí, para la mayoría... le comentó, embadurnándole la quijada con la espuma.

-Eso andan diciendo por ahí...

- ¿Quiénes?

-Los subversivos...

-Por favor, no mueva la cabeza.

-...los que se reúnen...esos que se organizan...

- No hable porque lo puedo cortar.

Mi padre trató de concentrarse en la afeitada. Pero yo me fijé que su mano empezó a temblar, algo que nunca le había visto. Percibí que su miedo emanaba de él como una niebla que se arrastraba por el piso y crecía para ocupar todos los rincones. Entonces respiré ese miedo, ese pavor incontenible que me tragué como un cobarde, mientras sentía un hilo de agua helada que bajaba por mi espalda. Se me adormecieron las piernas, se me secó la boca, sentía que me faltaba el aire, igual que en la escuela cuando el matón del grupo me gritaba: “Ya vai a ver a la salida”. Yo agachaba la cabeza y ellos me gritaban “cobarde”, “mariquita”, “poco hombre”. A veces me iba al baño a llorar. “Ya vai a ver a la salida” era

el anuncio de una nueva golpiza. Yo sentía que las horas transcurrían muy lentas para el término de las clases, lo cual me atormentaba tanto que casi deseaba que me golpeasen de una vez para anular así esa larga espera.

Era el mismo terror, pero ahora por mi padre. Entonces sentí una culpa anticipada, pensando que el Chato lo iba a agredir y que yo quedaría paralizado sin atreverme a ayudarlo. Me dieron ganas de arrancar, de refugiarme en mi cuarto, pero mis piernas eran de lana. Tenía ganas de orinar, pero no podía dejar solo a mi viejo, tenía que apoyarlo, permanecer junto a él, aunque yo no dijera nada.

-Hay que darles duro...son una escoria- continuó amenazante.

- ¿Ah sí? - dijo mi padre, mientras batía la navaja sobre la badana sin mirar al espejo para no encontrarse con sus ojillos de ratón.

-Hay que tirarlos al mar...

El par de viejos no decía nada, sólo intercambiaba miradas cargadas de impotencia, de rabia y de temor creciente.

Cuando mi padre concluyó, el Chato se arrancó el babero, se emparejó el pelo ante el espejo, lanzó un gargajo a la escupidera, tiró unos billetes sobre el lavamanos y dijo:

- Ya nos veremos.

Don Roberto intentó encender un pucho arrugado, pero los fósforos se le quebraban; don Emilio, permaneció un largo rato mirando la portada de una revista sin abrirla; mi padre se sentó lentamente en el sillón con la navaja abierta en la mano y permaneció allí sin

moverse. Yo no me atrevía a romper ese silencio incómodo, hasta que no aguanté las ganas de orinar y salí corriendo hacia el baño.

Ese “ya nos veremos” era como el “ya vai a ver a la salida”: una amenaza comprimida como un resorte que saltaría en cualquier momento como una piedra lanzada a la cara.

Y así ocurrió. Fue una noche de invierno. Llovía con fuerza y sólo se escuchaba el triste sonido de unos goterones en las latas del tejado. Cuando patearon la puerta, yo estaba en el baño del fondo. El *Negro* no alcanzó a ladrar, le pegaron un tiro y entraron pisoteando su cuerpo con los bototos embadurnados en sangre. Vi cómo el Chato, vestido de boina negra, comandaba el grupo. Vi cómo sacaron a mi viejo al patio. Vi cómo le pegaron un culatazo en la espalda. Vi cómo le pateaban la cara y saltaban sus dientes. Vi cómo lo arrastraron inconsciente hacia el jeep militar. Se fueron sin cerrar la puerta mientras yo me quedé paralizado. No me vieron o no me quisieron ver, tal vez porque permanecí inmóvil detrás de esa cortina de lluvia que me ocultaba, amordazado por el miedo, con la vista fija en las gotas que colgaban de una rama del ciruelo. Parecían las luces de un árbol navideño o los focos de una caravana de vehículos. No podía despegarme de esa imagen y sólo lo logré cuando sentí el frío de la orina en el pantalón del pijama.

Los aguaceros continuaron ese día, el siguiente y durante semanas, aunque de manera discontinua como si una manada de nubes rotas cruzara sobre nuestras cabezas. Yo había dejado de asistir a la escuela y nadie me reconvino por mi hábito de quedarme pegado a la ventana, viendo cómo los goterones se deslizaban por el vidrio como venas torcidas,

cargadas de sangre sin sangre. Veía, sin ver, las nubes blancas que cruzaban sobre el ciruelo, y cómo, después, el sol se asomaba con desgano a ese escenario húmedo, avanzando como un atleta fatigado con la cara sucia a causa de las bocanadas de humo que arrojaban los trenes. Cierta mañana el ciruelo retoñó, luego le brotaron flores que se convirtieron en frutos hasta que fueron cayendo sobre el embaldosado para delicia de las hormigas.

Los días y los años se fueron apartando de mí como nubes viajeras, crecí en silencio, temeroso, sin saber hacia dónde encauzar mis pasos. Hasta que mi tío paterno decidió vender la peluquería y trasladarla al barrio Matadero. El nuevo local era más pequeño, también daba a la calle y tenía un piso de baldosas blancas y negras como tablero de ajedrez. Don Roberto continuó su labor de peluquero al tiempo que me enseñaba el arte de manejar la navaja. Compraba decenas de globos, los inflábamos y llenábamos con ellos el local como si fuese una fiesta infantil. Él me enseñó a preparar el batido de jabón en el cuenco de bronce; a esparcirlo con la brocha sobre la superficie de un globo como si fuese el rostro de un cliente, y a quitar la espuma con el filo del acero sin que se reventara. Una de esas tardes, volví a abrir la cajita de madera que contenía la navaja Solingen con mango de carey que mi padre me había regalado.

-Mire, fíjese bien, el dedo meñique se apoya en la cola de la navaja, el pulgar actúa como amortiguador por debajo, cerca del filo, pero sin tocarlo, y los otros tres dedos se apoyan sobre el lomo. Tome ábrala con cuidado, pero sin miedo...eso, así.

Fueron largas sesiones en las cuales don Roberto me fue enseñando la técnica y el arte del manejo de un instrumento tan delicado y peligroso. Sentía miedo, pero mi

curiosidad era mayor, así como el secreto afán de honrar a mi padre que habría estado orgulloso de mí.

Reventé decenas de globos hasta que aprendí a encontrar el ángulo preciso que debía tener el filo sobre la superficie de la goma. Ejercité en mi brazo enjabonado para probar mi destreza y tras cuatro meses de intensa práctica, don Roberto me dijo un día:

-Creo que ya está en condiciones de aplicar lo aprendido, quiero que me afeite.

Y así lo hice durante varias semanas hasta que le tomé el pulso al acero. Incluso adquirí la costumbre de afeitarme con mi navaja. Con el paso de las semanas, le fui perdiendo el miedo a la cuchilla y, en cierto modo, a la vida. Ya sabía cómo asentar la hoja en la badana, cómo aplicar paños calientes para aflojar los pelos, cómo estirar la piel de la mejilla para cortar a contrapelo, y casi sin darme cuenta, empecé a atender a los primeros clientes. A veces, tenía la sensación de que mi padre me guiaba la muñeca, pues los resultados de mi trabajo recibían el aplauso de los parroquianos que se iban satisfechos, sobándose los cachetes que les quedaban “como tetita de monja”, al decir de mi viejo.

Pero tenía que ocurrir. Fue una tarde de invierno. Don Roberto se había retirado más temprano aquejado de una gripe incipiente y hacía más de una hora que no aparecían nuevos clientes. Así es que antes de cerrar el local, barrí el piso, ordené las revistas y arrojé la basura al profundo pozo seco que había al fondo del patio. Cuando me disponía a sacarme el delantal, estalló la tormenta y un violento aguacero se descargó contra la techumbre, al tiempo que la puerta se abrió de par en par para darle paso al hombre.

De inmediato supe quién era. Había perdido pelo, estaba más gordo y había envejecido, pero su nariz en forma de bola de carne resultaba inconfundible, a pesar que le

había crecido como una albóndiga. Lo reconocí de golpe, un golpe de memoria que me remeció, aunque él no supo quién era yo hasta que se lo dije, sosteniendo la navaja en su cuello. Su saludo fue hosco, lacónico, una frase incomprensible escupida entre dientes mientras se sentaba en el mismo sillón de hacía diecisiete años y ahí se quedó quieto, con los ojos apretados como si estuviera muerto. Mientras yo agitaba la brocha preparando la espuma, mi cabeza también fue dando vueltas y revueltas por los caminos de la memoria hasta que de golpe sentí que perdía el miedo, que ese terror infantil a las golpizas se desvanecía. Fue como si de pronto hubiese adquirido una seguridad que había tardado muchos años en llegar. Le enjaboné la cara con decisión sabiendo que ese sería el día.

-¿Sabe?, yo tenía un perro.

-...¿cómo?- respondió sin abrir los ojos, sin salir de ese pozo adonde se había metido a rumiar la pasta amarga de su vida miserable.

-Se llamaba Negro.

-...¿y qué?

-Que lo mataron de un tiro, fíjese; fue una muerte rápida...yo le voy a contar...

Escuché los gruesos goterones que caían sobre el techo, provocando un ruido que ahogaría cualquier grito de última hora; percibí que la luz de la tarde había disminuido hasta adquirir una forma de penumbra cómplice, y supe que nadie más vendría a golpear la puerta que yo había ido a cerrar con doble llave.

...pasó hace diecisiete años...pero no, no se agite...no, no se mueva ...mire que es peligroso...eso, yo le sostengo cabeza ...así, tranquilo...

No tuve que hacer demasiada fuerza: el tajo fue de adelante hacia atrás; me pareció indoloro pero efectivo; fue como rebanar una manguera de jardín que se agita como una serpiente herida lanzando chorros en todas direcciones. Cuando terminaron de salir los últimos borbotones, sentí que me desinflaba y fui resbalando por el brazo del sillón con la navaja en la mano. Todo permaneció inmóvil, incluso la gota de la llave que cada tanto se estremecía a causa de la brisa. Parecía una campanita o un arete de cristal en la oreja de una mujer. Me quedé pegado a ella, incapaz de mirar ese enorme silencio sentado en el sillón.